Viernes, 13 de Noviembre

Un Controlismo Innecesario

por Enrique Ghersi

De acuerdo a un informe sobre el progreso económico y social de América Latina 1980-81, recientemente publicado por el Banco Interamericano de Desarrollo, las mujeres de la región están incorporándose a la fuerza laboral a un ritmo acelerado. Se calcula que aumentará en un 3.8 por ciento entre 1980-85 y en un 3.6 por ciento en el último lustro de la presente década. En consecuencia, el número de mujeres partícipes en la fuerza laboral latinoamericana crecerá de 23 millones en 1975 a más de 55 millones en el año 2000.

Señala también el mencionado estudio, que existe correlación entre la mayor participación de la mujer en la fuerza laboral y una disminución en las tasas de fecundidad, proyectando un fuerte declive de la fertilidad durante las últimas décadas del siglo en curso. En países como la Argentina, Uruguay, Barbados, Guyana, Chile y Trinidad y Tobago, las tasas de fecundidad habrán caído, a fines de siglo, a niveles similares a los de Estados Unidos y el Canadá. "El impacto de estos cambios modificará en buena parte la estructura social de América Latina" concluye el informe.

Distintos estudiosos del desarrollo consideran que algunas de las notas más saltantes de este fenómeno son la creciente participación de la mujer en la vida económica y la notoria disminución de las tasas de fertilidad, provocadas por las necesidades materiales propias de la era del consumo en masa, así como por el evidente distanciamiento entre el centro de trabajo y el hogar familiar.

América Latina, según los datos que hemos expuesto, no se encuentra fuera de esa tendencia general. La transferencia de la mano de obra de los sectores primarios al secundario y al terciario, aparejadas de una mayor aplicación de los conocimientos técnicos a las tareas de producción, exige la absorción de todo el capital humano disponible. Además, los innegables requerimientos materiales de las familias propician igual desenlace. De tal suerte que la participación del sexo femenino en la economía no es ni una declaración lírica ni una esperanza, sino una realidad viva e innegable, con profundas consecuencias para la vida social de nuestros pueblos.

La primera y más importante consecuencia se refiere a la disminución de las tasas de fecundidad. A menudo escuchamos voces que solicitan se controle la natalidad, se instruya a todos en el uso de anticonceptivos, se pongan en marcha vastos programas para evitar una posible explosión demográfica en los países pobres. Otras, un poco más radicales, exigen la repartición gratuita de anticonceptivos y hasta leyes especiales sobre los nacimientos. Sin embargo, son pocos, y muchos de ellos inaceptables, los argumentos que se esgrimen en favor de estos postulados.

Podría atribuirse el mencionado descenso de la fecundidad en América Latina, para las próximas dos décadas, al uso espontáneo y creciente de mecanismos de control. Pero no existen razones suficientes para admitir lógicamente esta tesis. Tal vez si hablásemos de países "viejos" como Francia, Alemania Federal o Canadá podría admitírsela. Mas, si nos referimos a regiones como Trinidad y Tobago, Barbados, Guyana y hasta la misma Argentina, no es cierto que los anticonceptivos se hayan difundido de modo tal que ocasionen un marcado descenso de la fertilidad. Es probable que sólo pequeñas esferas urbanas tengan noticias de tales mecanismos; y todavía menos son los que los han adoptado regularmente.

El Perú y, en general, América Latina no son regiones superpobladas, sino mal pobladas. El exceso de centralización, el desarrollo desequilibrado de las ciudades a costa del campo y la concentración urbana de los centros de trabajo han hecho que los núcleos de población se hacinen peligrosamente.

De otro lado, se piensa que no será posible alimentar a una población creciente por la subsistencia de las tesis malthussianas acerca del crecimiento aritmético de la producción de alimentos. La aplicación de la técnica al agro, la ampliación de la frontera cultivada y la obtención de mejores simientes han demostrado que es posible desplazar gran cantidad de mano de obra del campo a la industria sin afectar la producción agrícola. Por el contrario, el agro puede dar de comer con largueza a toda la sociedad y aun crear excedentes exportables.

Si tenemos en cuenta que el índice de la fecundidad en América Latina tiende a decrecer, vinculando tal tendencia con la creciente participación de la mujer en la economía, según lo afirma el BID, y que es posible desarrollar lo que Norman Borlaug llamó la "revolución verde", pensamos que no existe motivo suficiente para defender las tesis del control de la natalidad, toda vez que en Latinoamérica no se ha difundido el uso de anticonceptivos a nivel tal que origine el descenso de la fertilidad anunciado. Más bien, tenemos por delante un reto y una responsabilidad.

El reto de sujetar a nuestro designio las servidumbres a que la naturaleza nos ha sometido a lo largo de los años. La responsabilidad de liberarnos de las presiones de la vida social que, como los mitos políticos, las opiniones equivocadas y los prejuicios ideológicos, son un enorme escollo para los pueblos que quieren conquistar su propio destino.